
La cruz y la iglesia

Los que están familiarizados con el concepto neotestamentario de la expiación por el pecado, estarán de acuerdo en que «para salvar pecadores, un Cristo sin cruz sería tan inútil como una cruz sin Cristo». Pero, gracias a Dios, la buena nueva del evangelio es que Cristo, el Ungido de Dios, dio su vida física en la cruz, y lo hizo por nuestros pecados (1 Corintios 15.3).

El mensaje central del relato bíblico es que el Hijo de Dios se sacrificó en la cruz por el hombre. Las páginas del Antiguo Testamento, con sus profecías, y las del Nuevo Testamento, con el cumplimiento de éstas, están en cierto sentido tan saturadas con la sangre de Cristo, que bien podría decirse que la dejan caer gota a gota. Henry C. Thiessen calculó que el relato acerca de los últimos tres días de la vida de Jesús, abarca casi un quinto de la extensión de los evangelios. Estimó que si los tres años y medio que tomó el ministerio público de Jesús, hubieran sido tratados de manera tan minuciosa como lo fue Su muerte, los Evangelios hubieran abarcado un volumen de unas

8.400 páginas de extensión.¹ R.A. Torrey estimó que uno de cada 53 versículos del Nuevo Testamento, hace una referencia específica a la muerte de Cristo.² El cristianismo es la única religión del mundo cuyo eje central es el ofrecimiento de un sacrificio divino por el pecado y la resurrección de la víctima de ese sacrificio.

En un mundo de pecado y pecadores, de culpa e iniquidad, de separación y sufrimiento, la cruz es *el poder de Dios para salvación*; es la solución divina para el más grave problema del mundo. Cristo es la propiciación por nuestros pecados —es decir el que paga por el mal que hemos hecho y quien nos justifica ante los ojos de Dios. Está escrito: «Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1 Corintios 1.18); «Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Juan 2.2).

Es alentador que en medio de la discordia espiritual, la separación de Dios y la desunión con Dios, la cruz sea *el instrumento que Dios tiene a mano para la paz y la reconciliación*. Pablo escribió: «[...] y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Colosenses 1.20). En Efesios 2.14–16, leemos: «Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, [...] y mediante la cruz [reconcilió] con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades».

¹ Henry C. Thiessen, *Lectures in Systematic Theology (Conferencias sobre Teología sistemática)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1949), 313.

² R.A. Torrey, *What the Bible Teaches (Lo que la Biblia enseña)* (New York: Fleming H. Revell Co., 1898), 144.

Allí donde el hambre y la pobreza espirituales abundan, *Dios provee completa redención*. Las riquezas de justicia, son dispensadas gratuitamente al pie de la cruz. Pablo dijo: «[...] pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, [...]» (1 Corintios 1.23). Más adelante añadió que el Cristo crucificado «nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1 Corintios 1.30).

Indiscutiblemente, el Espíritu Santo ha destacado la cruz de Cristo como el eje, como el mensaje central de la Biblia.

Este entrelazamiento de la cruz con las demás verdades relacionadas con la redención, lo lleva a uno a esperar que la iglesia mane de la cruz como corriente de manantial, como rayos sanadores del sol. Una lectura concienzuda del Nuevo Testamento permite confirmar que esto es así. No es posible un cristianismo sin Cristo, y tampoco lo es un cristianismo sin iglesia; la lógica nos dice que no puede haber un cuerpo vivo sin cabeza. La característica más sobresaliente del Nuevo Testamento, es el mensaje en el sentido de que la cruz y la iglesia están estrechamente ligadas, fundidas en un solo plan, por medio del cual se le administra la gracia de Dios a la humanidad perdida. Es por medio de la cruz que Dios hace salir personas, de entre todas las naciones, para la formación de una nueva familia —un cuerpo en Cristo— que sea Su pueblo escogido.

Elaboremos esta idea un poco más: ¿Cómo está relacionada la iglesia con la cruz? ¿Qué relación guardan la cruz y la iglesia entre sí? ¿Qué hace la cruz por la iglesia?

ES CREADA POR ELLA

En primer lugar, la cruz crea la iglesia. La iglesia surge como resultado de la redención de los pecadores. Sin cruz no habría iglesia.

Cuando una persona responde con la clase de fe que lleva a la obediencia, reconociendo a Cristo como su Salvador y como Hijo de Dios, los pecados le son lavados en la sangre de Cristo (Hechos 22.16). Ella es añadida, por medio de este lavamiento, a la comunidad de los redimidos, una sociedad formada por los salvos, es decir, las personas que el Nuevo Testamento llama «la iglesia». Por esta razón, Pablo podía decir que Jesús compró la iglesia con Su sangre. Esto fue lo que dijo a los ancianos de cierta congregación: «[...] mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó con su propia sangre» (Hechos 20.28). No hay duda de que Cristo murió en la cruz por la iglesia. Pablo dijo: «[...] Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (Efesios 5.25b). El propósito de la muerte de Jesús, fue producir un pueblo «llamado a salir», que viviera en el mundo en comunión con Cristo y se dedicara a Su obra espiritual. Pablo le dijo a Tito que Jesús «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2.14).

Después de una prédica que di una noche durante una campaña de evangelismo en el sur de Arkansas, se me acercó una dama y me contó una historia insólita y enternecedora. Contó de algo que ocurrió cuando ella era una niña de cuatro años de edad que vivía en Dallas, Texas. En aquel tiempo su familia vivía cerca de una carretera muy transitada, y el patio de su casa les brindaba poco espacio para el juego a los niños. Una tarde jugaban a la pelota ella y varios niños del vecindario en este patio. En un momento dado, la pelota rebotó en su cuerpo y fue a dar a la carretera. Sin pensarlo, corrió tras ella. Cuando se agachó para recogerla, se heló de horror al ver un enorme camión que bajaba por la carretera. Su hermano, quien a la sazón tenía nueve

años, la vio salir corriendo en esa dirección y también vio el camión. Como un rayo corrió tras ella, con la esperanza de socorrerla. Se le atravesó al camión y, logrando empujar a su hermana, la salvó de una muerte segura, poniendo a la vez en peligro su incipiente vida. Aquellos breves instantes fueron suficientes para que el niño salvara a su hermanita, pero no bastaron para que él se pusiera a salvo. El camión lo golpeó, causándole la muerte instantáneamente.

La dama dijo no recordar muy bien los detalles de la tragedia, pero lo que sí recuerda es que el cuerpo sin vida de su hermano, fue levantado de la carretera, y colocado en el porche de la casa de ellos hasta que una ambulancia vino a recogerlo. Dijo, con un profundo sentimiento y agradecimiento demasiado especiales para expresarlos en palabras, lo siguiente: «Mi hermano murió por mí». Ella es una cristiana fiel, y la oportunidad que tuvo de vivir y de servir en la iglesia hoy día, le fue proporcionada por el sacrificio hecho por su hermano muchos años atrás.

De modo parecido; pero a un nivel más profundo, la iglesia recibe vida del sacrificio de Jesús. La muerte de Éste no sólo es una oportunidad para que entremos en la vida, sino también la fuente de una vida continua; Su muerte es nuestro sacrificio de expiación, el medio por el cual somos perdonados de pecados pasados. Jesús vino al mundo, anduvo entre nosotros como Hombre y como Dios, y por Su muerte adquirió Dios un pueblo para sí mismo (1 Pedro 2.9). La iglesia no está hecha de ladrillos y argamasa; es un pueblo comprado con sangre.

Respondemos al sacrificio de Cristo de tres modos: En primer lugar, abrazamos la cruz *valorando* lo que Cristo hizo. ¡Agradecidos, los redimidos se gozan por el don de la gracia de Cristo! Cristo era rico en gloria celestial; sin embargo, por nosotros se hizo pobre, dejando el cielo y llegando a ser hombre, para que por

Su pobreza fuéramos enriquecidos espiritualmente (2 Corintios 8.9). En segundo lugar, debemos responder *aceptando* los beneficios de Su muerte. Una verdadera valoración lleva a una correcta aceptación. Por la fe en Cristo y la obediencia a Él, recibimos los beneficios de Su muerte en nuestra vida (Romanos 6.1–4). Él murió por todos (Hebreos 2.9), pero solamente los que le obedecen reciben los beneficios de Su muerte (Hebreos 5.8–9). En tercer lugar, debemos responder a Su sacrificio *creciendo en la obra* (1 Corintios 15.58). Le pertenecemos a Cristo desde la coronilla de la cabeza hasta la punta de los pies, —cuerpo, alma y espíritu (1 Corintios 6.19–20). Por lo tanto, nuestra misión en el mundo es, ahora, la de rendir el servicio que Él diseña, dirige y en el cual se deleita.

ES PURIFICADA POR ELLA

En segundo lugar, la cruz purifica continuamente a la iglesia. Su poder purificador fluye diariamente al pueblo de Dios y por el pueblo de Dios. Tan ciertamente como la sangre de nuestros cuerpos circula dentro de nosotros, sustentándonos y purificándonos, la preciosa sangre de Jesús corre dentro de Su pueblo, dándole fortaleza que sustenta la vida.

No sólo necesitamos *ser salvos*, sino también *conservarnos salvos*. La iglesia aumenta de tamaño cada vez que un pecador, a través de la obediencia al evangelio de Cristo, es lavado en Su sangre y es, por la gracia divina, puesto en Cristo. El cristiano es purificado continuamente por la sangre cuando anda diariamente en luz. Juan escribió: «[...] pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1.7). Juan usa el verbo «limpiar» en tiempo presente activo, en el idioma griego, dando a entender una limpieza constante, continua, actual, manifiesta.

El cristiano no es un ser perfecto, aunque sí alguien que procura pecar menos y crecer en Cristo cada día. *No es alguien en quien no haya falta, pero debe ser alguien en quien no haya culpa.* El pecado del que no es cristiano lo lleva a tener necesidad de salvación mediante la sangre de Cristo, mientras que, en el creyente hace que tenga necesidad de conservarse salvo mediante esta misma sangre. Mientras estemos en este mundo, jamás nos hallaremos en condiciones de prescindir de este perdón.

Es interesante mirar a un niño que está aprendiendo a andar en bicicleta. Los dos dificultades más graves que él experimenta cuando aprende esta nueva destreza, son: Primero, hacer que la bicicleta ande en posición erguida y, segundo, mantenerla en tal posición. La salvación puede verse como un proceso que, al igual que el aprender a andar en bicicleta, incluye dos pasos: El pecador debe primero *ponerse a derecho* con Dios, y luego, *conservarse* en tal condición. Ponerse a derecho es necesario; pero constituye solamente el comienzo. Si no continúa siendo limpiado (Hechos 8.22), el problema que en un principio lo hacía pecador —la mancha del pecado en su vida— es el mismo problema que después de convertido podría volverlo a condenar. Si necesitaba ser salvo de sus pecados antes de convertirse, ¿no continuará necesitando ser salvo de cualquier pecado después de convertido?

El cristiano se conserva salvo siempre y cuando «[ande] en luz». De acuerdo con el apóstol Juan, el andar en luz conlleva dos rasgos espirituales de carácter. Comienza con la decisión de *confiar en que Jesús nos salvará*: «Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Juan 2.2). Es obvio que no podemos ganar la salvación (Efesios 2.8–9). Jesús dijo que si le respondemos con fe y obediencia, Él nos salvará. Debemos confiar en que hará lo que prometió. Andamos

por fe, no por vista (2 Corintios 5.7).

Para andar en luz también se requiere *hacer sinceramente Su voluntad*. Juan escribió: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; [...]» (1 Juan 5.3); «El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; [...]» (1 Juan 2.4–5a). Andar en luz significa, por lo tanto, reconocer nuestra pecaminosidad (1 Juan 1.8, 10), reconocer nuestros pecados delante de Dios (1 Juan 1.9), y corregir nuestros pecados en la medida en que podamos (1 Juan 2.29). También significa andar como Él anduvo (1 Juan 2.6), y seguir sinceramente la revelación inspirada de Dios: las Escrituras (2 Timoteo 3.16).

ES ACTIVADA POR ELLA

En tercer lugar, la cruz insta y activa a la iglesia. Infunde en el corazón de ella la motivación espiritual necesaria para que sus miembros seamos y hagamos lo que Cristo desea.

Los cristianos necesitan no solamente perpetua purificación, sino también poder personal. El cristianismo proporciona muchas nobles motivaciones; la gracia de Dios es tal vez la más elevada y más permanente de éstas. La cruz gobierna la vida de los cristianos. Jesús dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32). Pablo escribió: «Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Corintios 5.14–15).

La cruz *llena* a los cristianos de un amor cada vez más profundo a Dios, y a los demás. Juan escribió: «Nosotros

le amamos a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4.19). Cuando los cristianos meditan diariamente en Su amor para con Su pueblo, son atraídos a Él con mayor fuerza. Juan dijo además: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1 Juan 3.16). Cada vez que se analiza la vida de Jesús, ello produce nuevas y conmovedoras imágenes de la profundidad y firmeza de Su amor para con nosotros. El reflexionar sobre estas imágenes le produce a los cristianos un amor parecido para con Jesús, y para con los demás: «Por tanto, nosotros todos mirando a cara descubierta como en un gran espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3.18).

La cruz *graba* en el corazón de los cristianos un sentimiento de odio y desdén contra el pecado. Dos elocuentes testimonios de la maldad y devastación causadas por el pecado, los constituyen la cruz del Calvario y las profundidades insondables de destrucción eterna. Nadie que entienda el propósito de la cruz y la necesidad del infierno, podrá argumentar que el pecado tenga algún mérito. El cristiano no puede olvidar que su redención le fue comprada por la dolorosa muerte del Hijo de Dios en una cruz en las afueras de Jerusalén. El Todopoderoso Dios no pudo ofrecer expiación por otro medio más que el del sacrificio de Su Hijo. Este costoso evento debería apremiar a toda persona sensible a abominar el pecado y a evitarlo.

La cruz *impone* en los cristianos el sentimiento de entregarse sin reservas a la misión de Cristo. Ella proporciona tanto el propósito como la fortaleza para que los cristianos sirvan a Dios y ayuden a los demás. Pablo escribió: «A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor» (Romanos 1.14). También escribió:

«Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Corintios 15.10). No hay cristiano más plenamente motivado a hacer la obra de Cristo que aquel que entiende y valora lo que Dios hizo por él en la cruz.

La iglesia de Cristo guarda con esmero los mandamientos de su Señor. Cumple Sus deseos y lleva a cabo Sus planes; sin embargo, por la fuerza apremiante del amor y la inspiración interior de la gracia de Él, no siente que sobrellevar la vida de obediencia sea una carga. «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (1 Juan 5.3).

Tenga presente lo que Cristo hizo por usted, recordando diariamente Su sacrificio. Esta cuidadosa meditación en Su regalo de salvación puede transformarlo a usted día a día a Su imagen, impulsándolo a llevar a cabo labores de amor en Su reino de gracia.

CONCLUSIÓN

La iglesia y la cruz están enlazadas entre sí porque Dios así lo diseñó. La iglesia es creada, purificada y apremiada por la cruz.

Cuando Jesús sufría en la cruz, dos de las preguntas llenas de burla que le lanzó la inicua muchedumbre que estaba abajo, fueron: «¿Por qué no se salva Él mismo?» y «¿Por qué no lo salva Dios?» (Vea Mateo 27.39–43.) ¡Cuán lejos estaba la muchedumbre de imaginar que estaban tocando, precisamente, el fundamento de la misión de Dios! Si Jesús se hubiera salvado a Sí mismo de Su muerte en la cruz, o bien, si Dios lo hubiera hecho, habría sido imposible que la iglesia viviera; pues ella está compuesta de personas que han sido perdonadas, de la cruz, de sus pecados pasados, y que son limpiadas

y purificadas diariamente por ésta. Además, sin la cruz, la iglesia carecería de motivación en su interior para mantenerse viva, pues ella es apremiada por la cruz a ser el pueblo de Dios, y a realizar la obra de Éste del modo que a Él le agrada.

Si usted se encuentra fuera de la iglesia de Cristo, apresúrese a entrar en ella; pues al hacer esto, usted recibe todos los beneficios de la cruz. La iglesia no es más que un cuerpo de seres humanos que han sido redimidos por la sangre de Cristo y que están viviendo como hijos de Dios.

Toda persona está rodeada en este mundo por los generosos dones de Dios. Él provee el aire para que respiremos, el agua para que bebamos, la tierra para que vivamos sobre ella, las relaciones familiares para que nos gocemos y un sinnúmero de otros beneficios. No podríamos enumerar una por una todas las bondades de Dios. Sin duda, la suprema expresión de Su gracia es la salvación que nos da por medio de Cristo. Ella supone el más alto costo para Dios, y es la que le produce los más jugosos dividendos a los pecadores que la reciban.

Muchos han reconocido la bondadosa mano de Dios en las bendiciones materiales que Él les ha dado, sin embargo no han recibido Su salvación. ¿Sucede lo mismo con usted? Por medio de la fe en Cristo (Romanos 10.10), el arrepentimiento del pecado (Hechos 11.18), el confesar a Cristo como Hijo de Dios (Romanos 10.10) y el bautismo en Cristo (Gálatas 3.27), usted puede entrar en el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12.13), el lugar donde está la gracia, y recibir Su vida eterna. Pablo dijo: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?» (Romanos 6.3); «[...] en [Él] tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros» (Efesios 1.7-8a).

Jesús lo invita, mediante Su cruz, a recibir el perdón

y la vida que dan como resultado Su cuerpo, la iglesia.
¿Aceptará usted la invitación?

PREGUNTAS DE ESTUDIO

(respuestas en la página 263)

1. ¿Cuál es el mensaje central del relato bíblico?
2. ¿Qué es lo que tiene el cristianismo como eje central que ninguna otra religión del mundo tiene?
3. Explique por qué no es posible que haya un cristianismo sin iglesia.
4. ¿Qué son tres cosas que la cruz hace por la iglesia?
5. Muchos han reconocido la bondadosa mano de Dios en las bendiciones materiales que Él les ha dado; sin embargo, no gozan del don de Su salvación. ¿Cómo puede usted llegar a ser parte del cuerpo de Cristo?
6. Mencione las dos bendiciones que Jesús le concede por medio de Su cruz.
7. El cuerpo de Jesús se crea cuando los que vienen a Él reciben el perdón y la vida. ¿Cómo se llama este cuerpo?

GLOSARIO

cabeza de la iglesia —Jesucristo (Efesios 1.22–23).

la ciudad de David —Belén.

la crucifixión —La muerte que se sufre mediante el ser clavado a una cruz; una forma romana de ejecutar criminales. Jesús, aunque inocente, fue crucificado por nuestros pecados.

morar —Vivir dentro de algo o alguien, tal como el Espíritu Santo mora, o habita, dentro de los cristianos (1 Corintios 6.19–20).

reconciliación —el acto por el cual se vuelven a unir dos que estaban separados; lo que sucede cuando se restaura una relación que estaba rota. Somos reconciliados con Dios por medio de Jesucristo.

santificación —el proceso por el cual se «aparta» algo para dedicarlo al cumplimiento de los propósitos especiales de Dios.